



I. LENGUAS INFORMES

- | | | |
|----|--|--|
| A. | monosilábicas..... | 1. ^a Lenguas transgangéticas. |
| B. | a. que varían y determinan el significado por reduplicación y prefijos..... | 2. ^a Lenguas de la Polinesia. |
| | b. que determinan el significado por adiciones hechas á las raíces..... | 3. ^a Lenguas ural-altáicas. |
| C. | c. que designan sus relaciones y determinan el significado por incorporación ó aglutinación..... | 4. ^a Lenguas americanas. |

II. LENGUAS CON FORMAS

- | | | |
|----|--|------------------------------------|
| A. | monosilábicas..... | 5. ^a Lengua china. |
| B. | a. por adición de los elementos gramaticales ó de flexión..... | 6. ^a Lengua egipcia. |
| | b. por cambios internos de la raíz..... | 7. ^a Lenguas semíticas. |
| | c. por verdaderos sufijos..... | 8. ^a Lengua sanscrita. |

Los idiomas transgangéticos no hacen distinción alguna gramatical, y son como los zoó-

fitos de la filología, el tránsito de la naturaleza muda á la dotada de lenguaje. Igualmente que el chino, constan de puras raíces invariables, cuya categoría se distingue en ellas solamente por el lugar que ocupan en la oración; el chino tiene partículas que dan cierto enlace á las palabras. Las lenguas malayo-polinésicas principiaron la obra de flexión, pero no la llevaron á cabo. Entre las ural-altáicas, las filandesas han alcanzado un grado de perfección y desarrollo poco inferior á las indo-europeas, si bien no llega á haber íntima unión entre los dos elementos de la palabra, careciendo además de preposiciones en el sentido indo-europeo, y predominando aún en la oración el nombre sobre el verbo, el cual viene á ser elemento secundario.

Las lenguas semíticas vivifican y organizan la palabra por medio de los cambios internos de vocales, pero no se encuentra en ellas el desarrollo y proporción de formas que caracterizan á las indo-europeas; estas son la forma más sublime y perfecta que ha sabido dar el hombre al lenguaje.

ÉPOCA SEGUNDA

DOCUMENTOS, DISCURSOS Y ACLARACIONES REFERENTES Á ESTA ÉPOCA

(Libros I. II y III)

OBSERVACIONES SOBRE EL DILUVIO

I

Varias pruebas sobre la reciente época del mundo cual la supone Moisés.—Si las aguas del mar han cubierto sucesivamente nuestro continente.—Supuesto movimiento del mar de Oriente á Occidente.—Volcanes, bosques, minas.—Juicio formado por el Instituto Nacional francés sobre algunos sistemas geológicos.

Todas las naciones, sin ninguna excepción, han tenido idea del principio del mundo. «Este es un hecho, dice Mr. de Pouilly, atestado por la tradición de todos los pueblos de la tierra. Transportémonos al antiguo Egipto, á la Caldea, á la Persia, á las Indias, á Siam, á la China, al Japon, á los antiguos pueblos del Norte, y en fin, á la antigua Grecia. Todas estas naciones nos dirán con una voz uniforme: *La tierra no siempre ha sido; hubo unos primeros hombres que han dado á sus hijos la vida que ellos habían recibido de una mano invisible.* Si pasamos á la otra parte de los mares, la misma voz oiremos en Méjico, en el Perú y en las islas. La tradición sobre el principio del mundo, tan antigua y tan extendida, reúne todas las demás condiciones que pueden darla el más alto grado de certeza. El hecho conservado por ella es de una magnitud, y al mismo tiempo de una sencillez tales, que facilitan sus transmisiones á los siglos más lejanos... Ninguna tradición hay que le sea contraria... Digo más: hay hechos positivos que tienen con él una conexión natural. Tal es la persuasión en que están todos los pueblos de todos los países del mundo de la existencia de Dios, como primera causa todopoderosa é inteligente. El hecho que nos ha transmitido la tradición universal sobre el principio del mundo, es de tal naturaleza, que no ha podido ser inventado. Si el mundo fuera eterno, todos los pueblos dieran como naturalmente por sentada su eternidad.

¿De dónde podría venirles la opinión de que había tenido principio? Su propia experiencia y la de sus antepasados no podía persuadirse; antes por el contrario, les mostrara un mundo siempre existente, por lo cual hubieran indudablemente juzgado que jamás había dejado de existir.» (*Memorias de la Academia de las Inscripciones. Nuevos ensayos de crítica sobre la fidelidad de la historia.* Véanse allí las citas de Mr. de Pouilly, relativas á las tradiciones de los diferentes pueblos). En nuestras páginas anteriores sobre el Génesis, hemos probado que el mundo ha tenido principio y ha sido sacado de la nada, como refiere Moisés.

Mas los incrédulos modernos se levantan contra esta verdad. Si no siempre combaten directamente el dogma de la creación, á lo ménos repiten á cada paso que se ven en la precisión de suponer al mundo mucho más antiguo de lo que dice Moisés, y que los incontestables descubrimientos que se han hecho en la física y en la historia natural, demuestran que la existencia del mundo sube en efecto mucho más allá de lo que nos consta por el Génesis.

El plan de esta obra no nos permite refutar uno por uno los varios sistemas inventados en nuestros días para probar la remota antigüedad del mundo, á consecuencia de las observaciones físicas; mas, no obstante, en nuestras observaciones sobre los estudios prehistóricos, desenvolvemos esta materia. Nos bastará oponer á todos estos sistemas, en los cuales no se



han consultado á fondo las leyes de la física ni la experiencia, ni el verdadero procedimiento de la naturaleza, otras observaciones positivas y mucho más dignas de atencion.

M. de Luc, que satirizado en un principio por uno de los más célebres incrédulos, se tomó el trabajo más ímprobo en el estudio de la geología y en el exámen de los montes, ha notado que estos se van redondeando poco á poco con los derrumbamientos; que la lluvia y el musgo depositan con el largo trascurso del tiempo una capa vegetal; que de este modo van llegando insensiblemente á un punto, en el cual no podrán mudar ya de forma. Lo mismo sucede en muchas llanuras incultas en otro tiempo, pero reducidas ya á labor en el nuestro por haberse formado en ellas la tierra vegetal. Mas el poco fondo de esta capa, tanto en los llanos como en los montes, demuestra que no es muy antigua; si lo fuera, hubiera comenzado antes el cultivo en ella, y la poblacion estaria más adelantada.

Se ha convencido M. de Luc de que los hielos aumentan y se van extendiendo más y más en los Alpes; si sus ventisqueros fuesen muy antiguos, ya no formarían más que un hielo continuado.

Después de haber considerado con atencion el suelo de la Holanda y demás cantones donde las aguas han dejado terrenos libres, siempre le han resultado á M. de Luc las mismas pruebas sobre la poca antigüedad de nuestros continentes, y sobre los pocos siglos que han bastado para ponerlos en el estado en que al presente se hallan. De donde infiere que las consecuencias que se sacan del actual estado del globo, son mucho más seguras que las cronologías fabulosas de los antiguos pueblos, y que todas concurren á probar que nuestros continentes no son de tiempos tan remotos como los suponen algunos físicos de nuestros dias.

A estas observaciones de M. de Luc, podemos añadir la reciente invencion de las artes, de las ciencias, de las leyes y del comercio. Si tomamos por ejemplo las leyes, vemos que del código de Justiniano subimos al de Teodosio, y de este á las *doce* tablas, cuyas leyes tomaron los romanos de los griegos, y estos de los egipcios, como lo refiere Plutarco. Además, estas leyes eran tan groseras comparadas con las de nuestros tiempos, que se ve claramente que la jurisprudencia se hallaba entonces en sus principios. La misma observacion puede hacerse sobre las artes, comercio y política, infiriéndose de todo ello que el principio del mundo no es tan remoto que no podamos venir en su conocimiento.

El autor de las *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, art. *Artes*, conviene en la reciente invencion de las artes, que no ha podido contradecir; mas pretende que no puede probarse con ella la poca antigüedad del mundo. Discurre así: «De la novedad de las artes nada puede inferirse, principalmente á favor de la de nuestro globo. Porque supongamos una inundacion de bárbaros que hubiese hecho perder hasta el arte de escribir y de hacer pan. Supongamos aún más: que hace diez años que no tenemos pan, plumas, tinta, papel. El que puede vivir diez años sin comer pan y sin escribir sus pensamientos, podrá pasar sin estos auxilios un siglo y cien mil siglos..... Por consiguiente, la novedad de las artes entre nosotros no prueba la del mundo.»

Sin duda este autor no ha comprendido la prueba que impugna. La fuerza de ella consiste, no en la imposibilidad en que se verían los hombres de subsistir sin las artes de escribir y de hacer pan, sino en la comparacion entre los hombres que han vivido de seis mil años acá, y los que se suponen existentes, una infinidad de siglos antes de estos. ¿Qué razon ó motivo hay (esto es lo que se pregunta) para que en tantos millares de siglos no se encontrasen hombres que inventaran las artes necesarias, mientras en el corto espacio de seis mil años han sido tantos los que han inventado, no sólo las artes necesarias, sino tambien las de comodidad y de mero placer? Jamás se dará una razon suficiente de esta diferencia portentosa sino tomándola de la reciente formacion del mundo. Veamos ahora si las observaciones que se nos hacen prueban algo más contra la narracion de Moisés.

Dicen en primer lugar ser innegable que en algunos montes muy elevados y muy distantes del mar, se hallan peces y conchas petrificadas que forman un mismo cuerpo con las rocas. De donde debemos necesariamente concluir, que las aguas del mar hicieron mansion en otros tiempos donde ahora se hallan aquellos montes: que estas mismas, por su movimiento periódico y sus corrientes, llevaron allí sedimentos imperceptibles, y depositaron muchas capas, de las cuales poco á poco se formaron los montes; que los peces y conchas se quedaron allí envueltos en la materia humedecida, murieron, y con el tiempo se petrificaron juntamente con ella; finalmente, que amontonándose y elevándose estos sedimentos, obligaron al mar á retirarse hácia otros lugares ménos altos, y abrirse en ellos nuevos depósitos. Si hemos de juzgar por lo que distan del mar estos montes, y por la fuerza de las aguas para



minar la tierra, será preciso hacer subir la creacion del mundo muchos millares de años más que los que le da Moisés.

Pero preguntaremos á estos nuevos filósofos: antes que el mar hubiese formado los montes, ¿la superficie de la tierra estaba igual y unida, ó áspera y escabrosa? Sin duda dirán que lo primero, puesto que hablamos de una época en que el mar aún no habia formado montones de sedimentos ni ningun monte; por consiguiente, la superficie de la tierra era entonces lisa é igual. Luego con el movimiento de las aguas, no pudieron formarse los montes. ¿Formaríalos su flujo y reflujo? Mas siendo igual la superficie de la tierra, lo sería tambien la de las aguas, y de consiguiente su agitacion causada por el flujo y reflujo no hallaría más obstáculos en unas partes que en otras, sino que en todas ellas sería uniforme é igual; y así las aguas no podían trasportar sus sedimentos más bien á unos sitios que á otros; de manera que en lugar de formar los montes con su agitacion, dejarían de continuo mucho más lisa la superficie del globo. ¿Recurrirán nuestros filósofos á la agitacion y movimiento causado por las corrientes? Mas ¿qué corrientes podría haber, siendo tan completa la lisura é igualdad del fondo de los mares? Las corrientes se verifican cuando una gran masa de agua se halla forzada á pasar por un valle á quien estrechan los montes. Luego habria ya montes para que se formasen las corrientes. ¡Y pretenden estos filósofos que ellas sean las que han formado los montes! Busquen, pues, otro origen, así á estos como á las petrificaciones que se hallan en varias partes de nuestro globo.

No es difícil hallarle, responden otros. El mar va perdiendo terreno de continuo por diferentes puntos, y probablemente recobra en unos lo que perdió en otros. Cada día se está notando la disminucion del Báltico: se ven aún señales de un canal por donde comunicaba con el mar Glacial, aunque con el trascurso de los tiempos se cegó. La naturaleza del suelo que separa el golfo Pérsico del mar Caspio, hacen creer que los dos formaban antes un mismo mar. Parece tambien que el mar Rojo comunicó con el Mediterráneo, del cual le separa ahora el istmo de Suez. Estas novedades ocurridas al globo, son más antiguas de lo que alcanzan nuestros conocimientos históricos. El mar se ha retirado dejando mucho terreno sobre las costas de Egipto, de Italia, de la Provenza. Las lagunas de Venecia hace ya mucho tiempo que se hubieran cegado, á no ser por la frecuencia con que se procura limpiarlas. Parece que no há muchos siglos la América estaba cubierta de

aguas. Los muchísimos cuerpos marinos que llenan nuestro hemisferio, prueban indudablemente que el Océano ha reposado en él muchos siglos.

Los mismos físicos añaden que el mar tiene un movimiento de Oriente á Occidente, impreso en él por el de rotacion, que tiene la tierra de Occidente á Oriente. Es más fuerte en el ecuador, donde el globo, por su mayor elevacion ha de correr mayor círculo y una zona más agitada. Por causa de él las aguas han de abandonar su lecho actual con la sucesion de los tiempos.

M. de Luc (*Cartas sobre la historia de la tierra y del hombre*) ha demostrado la falsedad de todas estas observaciones, que en el fondo no pasan de conjeturas. No expondremos todas las razones de este sábio, que cada cual podrá consultar, contentándonos con decir que, para probar la real mutacion del mar con movimiento progresivo é imperceptible, son necesarios hechos positivos que muestren que el Océano se va apartando constantemente de las costas occidentales de Inglaterra, Francia, España, Africa, Indias, América, y minando y ocupando poco á poco las orientales de la Tartaria, China, Indias, Africa y América; y además, que los efectos de esta mutacion son más visibles en el ecuador que en los polos. Una causa universal, que obra uniformemente en todo el globo, debe producir el mismo efecto en todas sus partes. Pero nada de esto se nos demuestra. Nos citan las barras que se forman en las embocaduras de los grandes rios, como el Po, el Rhin, el Nilo, sobre el Mediterráneo más bien que sobre el Océano, y sobre las costas que están en los cuatro puntos cardinales bajo el ecuador, como en las demás. Pero ¿quién ha visto estas conquistas del Océano que se nos suponen? Los puertos de Cádiz y de Brest, situados al Occidente, no han perdido de su profundidad dos mil años hace. Si algunos puertos ménos profundos se han cegado, es por las arenas que han conducido los rios, y no porque el mar se ha retirado. En lugar de abandonar las costas de Francia, las va más bien ocupando á lo largo del Canal de la Mancha, y llevándose las arenas hácia Inglaterra, y aun amenaza de continuo tragarse la Holanda. No se aviene esto con la teoría de nuestros contrarios.

Síguese de ahí que el pretendido movimiento de Oriente á Occidente es enteramente falso. Ninguno de los fenómenos que se citan sirve para probarlo. Para separar el Báltico del Glacial, el primero se ha debido retirar por el Mediodía, punto bien distinto del Oriente. Otro



tanto decimos del Golfo Pérsico con respecto al mar Caspio, del mar Rojo y del Mediterráneo. Aún hay quien pretende que el mar Rojo se ha retirado, en efecto, por el Mediodía. (Véase el *Viaje de Nieburh á la Arabia*.) ¿Qué podrá inferirse de ahí á favor del movimiento habitual del mar desde Oriente á Occidente?

Y ¿podrá haber servido este movimiento para descubrir el suelo de la América? Antes bien serviría más para sumergirla por su lado oriental que para prolongar sus costas. Nadie nos probará jamás que la América ha ganado más terreno por la parte de Occidente que por la que está opuesta á nosotros, como debiera ser, supuesto aquel movimiento.

Finalmente, observa M. de Luc (*t. II, carta 35*) que si el mar hubiese mudado de situación, hubiérala habido de necesidad en el eje de la tierra; mas todas las observaciones astronómicas prueban que ahora se halla en la misma situación que veinte siglos hace.

El único hecho que puede probar la estancia del mar sobre nuestro hemisferio en otros tiempos, son los cuerpos marinos que se hallan en el seno de la tierra, y á veces en su superficie, así en los valles como en los montes. Pero M. de Luc, por la posición de estos cuerpos, por su variedad, y por su mezcla con las producciones terrestres, prueba que no han podido depositarse allí por un movimiento lento y progresivo del mar, sino por una revolución súbita y violenta, como la describe Moisés en la historia del diluvio universal (*t. 5, cart. 120 y 136*).

Aún tenemos que responder á dos objeciones de los físicos incrédulos. 1.ª Dicen que por toda la tierra se ven señales ciertas de volcanes antiguos. Se hallan muchas bocas de ellos en los montes de Auvernia, y sus restos se encuentran en Inglaterra á lo largo de las orillas del Rhin. El mármol negro de Egipto no es otra cosa que lava, y por consiguiente hubo de haber cerca de Tebas un volcan tan antiguo, como que se ha borrado hasta su memoria. Un volcan abrió también sin duda el cauce del mar Muerto, y lo vence el terreno de sus cercanías. Según el testimonio de Tournefort, el monte Ararat arrojó llamas en los antiguos tiempos. Actualmente no se ven volcanes sino en las islas y en las inmediaciones del mar; de manera que probablemente sus aguas y el óleo que las acompaña, serán ingredientes necesarios para la inflamación de los volcanes. Por donde parece que en los sitios ya insinuados habría mar antiguamente, aunque ya hoy día esté tan distante de ellos.

Asombra cuántos tiempos há que el Etna

está ardiendo. Dos mil años se necesitan para juntar una ligera capa de tierra sobre la lava que ha ido arrojando. Sin embargo, se ha penetrado junto á este monte por siete lavas, la mayor parte cubiertas de una gruesa capa de muy buen estiércol, para cuya total formación se necesitan catorce mil años. También el Vesubio presenta señales de remotísima antigüedad. El pavimento de Herculano es de lava; por consiguiente, el Vesubio habría tenido ya erupciones antes de la fundación de esta ciudad, la cual existía por lo ménos mil trescientos años antes de nuestra era. Contestemos á estas observaciones.

Aun cuando con estos físicos observadores supusiéramos que el agua del mar es necesaria para que ardan los volcanes, seguiríase de ahí no otra cosa sino que los que hoy día conservan sus restos en lo interior de la tierra, habrían ardido poco después del diluvio, cuando esta se mojó con sus aguas, sin que de ello resultase la menor prueba á favor de la remotísima antigüedad del mundo; antes bien tendríamos con esto un nuevo documento para demostrar esta inundación general que sufrió nuestro globo.

Tampoco se prueba la antigüedad del Etna y del Vesubio con el número de capas vegetales que se citan. Bastará oponer á los hechos que se nos objetan, un otro hecho que nos presentan estos mismos observadores, el cual destruye su aventurada y poco circunspecta ilación. Las escavaciones de Herculano, como ellos mismos confiesan, se hacen hasta ciento y doce piés bajo la superficie actual del terreno; y para penetrar toda esta profundidad, se atraviesa siempre *por capas volcánicas entrelazadas con capas de tierra vegetal, etc.* El Herculano quedó sepultado en sus ruinas hace mil setecientos años no más. Luego estos solos bastaron para producir este fenómeno, el cual se figuraban estos físicos que debía ser obra de una *série innumerable de siglos*. Sin embargo, á los hombres ligeros no dejan de parecer muy fuertes estas miserables objeciones.

Más: aunque el pavimento de Herculano fuese de lava, ¿qué podría deducirse de ello, puesto que al tiempo de su fundación, la cual quieren suponer ellos haber sido mil trescientos años antes de la era cristiana, habían trascurrido más de mil años después del diluvio?

Digamos también algo de la *mesa Isiaca* y de la *estátua de Memnon*, de las cuales se sirven con el mismo objeto. Aun cuando fuesen de lava, no pudieron hacerse hasta que los reyes de Tebas fueron poderosos; esto es, después del año 2500 del mundo. Hasta entonces el Egipto estuvo dividido en pequeñas sobera-



nías, y habían trascurrido ya ochocientos años después del diluvio. (*Cronol. egipcia, tomo I*).

El autor de la *Introducción á la Historia natural de España*, después de haber examinado las petrificaciones y los vestigios de los volcanes, reconoce que cinco mil ó seis mil años son tiempo sobrado para producir cuantos fenómenos han llegado á nuestra noticia. Según el cálculo más diminuto, desde el diluvio hasta nosotros han pasado ya cuatro mil ciento cuarenta años (1). Asimismo el autor de las *Investigaciones sobre los americanos*, conviene en que no se conoce monumento alguno de la industria humana anterior al diluvio.

La última observación física que oponen contra la duración del mundo expresada por Moisés, se toma de los bosques enterrados muy adentro en las entrañas de la tierra, como en Inglaterra y Holanda. Las minas de carbon de Inglaterra, del Borbonés y otros distritos, parecen provenir de bosques abrasados por los volcanes. Los cuerpos marinos desenterrados de las minas y canteras, son á veces de los que no se hallan en los mares inmediatos, sino en los que distan dos mil ó tres mil leguas de sus costas. Los inmensos bancos de conchas que hay en Turena y en otras partes, no pudieron ser depositados allí sino por una larga mansión del mar. El corto tiempo trascurrido desde el diluvio no basta para tamañas revoluciones.

Respondamos.

Sobre los bosques enterrados, hé aquí lo que dice el citado autor de las *Investigaciones sobre los americanos, tomo II, cart. 3*: «¿Por qué hemos de atribuir á vicisitudes generales de nuestro globo lo que han podido producir accidentes particulares? La inundación del Quersoneso Címbrico, ocurrida, según el cálculo de Picard, el año 340 de la era vulgar, fué la que anegó y enterró los bosques de la Frisia. Los árboles fósiles que se encuentran en el laboreo de las minas de Inglaterra, en la provincia de Lancaster, han pasado muchos tiempos por monumentos del diluvio; mas se notó que las raíces de estos árboles habían sido cortadas con hachas, lo cual, junto con las medallas de Julio César, que se encontraron á los diez y ocho piés de profundidad, basta para determinar con corta diferencia su degradación.»

Es asimismo falso que las minas de carbon de piedra procedan de los bosques abrasados por el fuego. Buffon, en su *Hist. Nat. (tom. I en 12.º, pág. 403)*, dice que este carbon, la lu-

(1) Esto debe entenderse del tiempo en que escribía el abate Du-Clot.—P.

lla ú hornaguera, y el azabache, son materias pertenecientes á la arcilla. M. de Luc cree (*tom. V, cart. 129*), que la turba ó césped de tierra es el principio de la hulla ó carbon de tierra, y apoya sus conjeturas en varias observaciones. Los volcanes ninguna parte tienen en ello.

Si de muchas conchas y otros cuerpos marinos que se hallan en la tierra ó en la piedra, no se encuentran sus semejantes sino en mares muy remotos, es claro que no los depositó allí el mar que haya estado detenido largos tiempos en aquellas partes, sino una inundación repentina, acompañada de un general trastorno en la superficie del globo, cual ocurrió en el diluvio; sin que haya medio para formar una conjetura de la causa por qué en varias partes es igualmente vária la cantidad de estos mariscos que se quedaron.

Para confirmar todo lo que queda dicho, referiremos aquí el juicio que se formó años pasados en el seno del Instituto Nacional sobre los frágiles sistemas que en nuestros días se objetan contra la narración de Moisés.—La clase de ciencias físicas y matemáticas del Instituto nombró una comisión para que le diese cuenta de una obra manuscrita de Mr. André, conocido antes con el nombre de P. Crisólogo de Gy, intitulada: *Teoría de la superficie de la tierra*. (*Monit. del 30 de Diciembre de 1806, número 364 y siguiente*.) Compañon esta comisión tres sábios muy distinguidos, y el secretario perpétuo hizo relación del resultado. En primer lugar, observa que por no haberse establecido las primeras bases de la *Geología* en la exacta averiguación de los hechos, se había convertido esta ciencia en un *tejido de hipótesis tan vanas* y tan impugnadas unas por otras, que ya estábamos en el caso de no poder casi pronunciar el nombre de ella *sin provocar la risa*.

Y explicando luego cómo se había llegado á examinar la naturaleza de los fósiles y petrificaciones, y las causas que los habían producido en todas las partes donde se hallan, continúa así: «El Génesis y las tradiciones de casi todos los pueblos gentiles presentan una, á la cual, más bien que á ninguna otra, era natural que hubiesen recurrido los físicos; esta es el diluvio. Las petrificaciones pasaron como unas positivas pruebas de él. Pero hácia el primer tercio del siglo XVIII... se ha creído necesario admitir una larga *série* de operaciones, ya lentas, ya repentinamente... Una vez dado este paso, las hipótesis ya no han conocido límites. Cada cual ha imaginado su peculiar principio, tomado *à priori*, ó fundado sobre un número